

# Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

Práxedes Mateo Sagasta, Caricatura de SANTANA BONILLA,  
Fotografía de Franzen.



## SUMARIO

## TEXTO

DE TODO UN POCO  
por Luis Taboada.

UN BUEN CONSEJO  
por Luis Falcato.

DE LITERATURA CATALANA  
por Juan Oliva Bridgman.

APUNTES  
por Eustaquio Cabezón.

BATURRILLO  
por Fray Candil.

LA CAPA DE GRILO  
por Manuel Soriano.

MENUDECIAŠ  
por Sinesio Zurbaluch.

UN CRÍTICO AGUADO  
por Tomás Carretero.

AL SIGLO XX  
por José Rodao.

TRAJE DE BODA

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000  
fantasía novelesca, por E. Bellamy  
(Continuación).

## ANUNCIOS



## GRABADOS

PRÁXEDES MATEO SAGASTA  
caricatura de Santana Bonilla,  
fotografía de Franzen.

¡QUÉ INOCENCIA!  
por Poveda.

¡VAYA UN COMPROMISO!  
historieta, por Tur.

LA MUJER MODERNA  
8 viñetas, por Marin.

TIPOS QUE FUERON  
por Villapadierna.



Si este personaje ilustre  
no se llamara Mateo  
y al hablar hubiera dicho:  
«La Patria, aquí, es lo primero».  
Si no imitara á Narváez

y mirase un poco menos  
para la plaza de Oriente  
y un poco más para el pueblo,  
pues... que no estaría España  
como hoy está... ¡por los suelos!

15 CÉNTIMOS



## DE TODO UN POCO

La Réjane en la Comedia. Todas las personas distinguidas de Madrid se han «dado cita» en el elegante coliseo para admirar á la inspirada artista.

Allí vimos á la marquesa del Flato, á la condesa del Percebe, á la baronesa del Cogollo y á tantas otras, pertenecientes al mundo elegante. De chicos con frac estaban allí lo mejor de cada casa: Pepito Pelusilla, el

primogénito de los duques de la Sobreasada; Waldino Boliche, heredero de los blasones de Rescoldo, ex carbonero y accionista del Banco y muchos otros á cual mejor peinados.

Por supuesto, ni las damas, ni los galanes que formaban el público, entendían una sola palabra y eso que casi todos ellos han tenido profesor de francés, y algunos estuvieron en París recientemente, con motivo de la Exposición.

En los pasillos los jóvenes elegantes hablaban entre sí en el idioma de Zola, para dar á entender que dominaban la situación.

- Bon soir, mon cher.
- Bon soir. ¿Avez-vous un pitille?
- Non, mais j'ai le chapeau de mon oncle.
- ¿Dónde he leído yo eso?
- En un tema de Hollendorff.
- ¿Y qué me dice usted de la Réjane?
- ¡Oh! maravillosa.
- Aquí no tenemos actrices.
- Ni actores.
- Ni mujeres.
- Ni sastres.

En las butacas vimos á la viuda de Parrondo, que hasta hace cosa de un año tuvo prendería en la calle de Tudescos y ahora está retirada de los negocios y de los catres de lona y quiere formar parte de la grandeza, como ella dice. Acompañábanla sus dos hijas, que parecen dos sacatrapos y desean contraer matrimonio con personas de la aristocracia, aunque no sean pudientes.

—Pues á nosotras nos gusta mucho el teatro —decía la madre, dirigiéndose á un sujeto de bigote teñido, solterón, calavera y funcionario público con todas las situaciones, merced á su carácter adulator y lisonjero.

—Yo también soy *adepto* al arte teatral —respondía él.

—Nosotras nos hemos *abonao*, porque ésta es una cómica superior y porque además viene aquí muy buena gente.

—¡Oh! Este es un público selecto ¿Sabe usted quién es aquel caballero de las patillas que está en la fila segunda? ¡Pues es nada menos que el Sr. Tejada de Valdoserá. ¿Ve usted aquel otro de bigote rubio? Pues es el señor de Ugarte.

—Ugarte, Ugarte. Me suena ese apellido ¿Sabe usted si tuvo prendería en la calle de la Pingarrona?

—¡Quiá! ¡Ni por piensol! En la actualidad desempeña la cartera de Gobernación y forma parte del Cuerpo jurídico militar. Casi todas las personas que ve usted hoy en el teatro, pertenecen á la clase elevada de la sociedad. Ya ve usted; yo soy de los menos elevados y sin embargo tengo honores de jefe superior de Administración civil...

—¿Y qué le parece á usted la *Réjane*?

—¡Oh! ¡Admirable, portentosa!

—Yo la entiendo muy pocas palabras, pero mis hijas no pierden ninguna, porque están aprendiendo el francés.

—¡Ah! ¿Estas señoritas conocen la lengua francesa?

—*Vi mosié* —dijo una de las chicas.

—Tiene usted un acento muy bonito. Parece usted una verdadera hija de París.

—Ya lo creo! —interrumpió la madre— Como que están aprendiendo con un profesor que es del mismo Bayona de Francia. Puede que usted le *conozga*. ¿No ha visto usted una tienda de vaciador de navajas que hay en la calle de la Comadre? Pues el amo es quien da lecciones á éstas... Anda, Nemesia, saluda á este señor en francés.

—¿*Comán vu porté vu?* —dijo la aludida encarándose con el caballero?

—Yo, si he de decir la verdad, no hablo el francés, pero lo comprendo todo perfectamente —contestó él.

—A mi esposo le pasaba lo mismo. Cuando éstas eran pequeñas, estuvimos un verano en San Sebastián, y mi esposo era el que se entendía con la dueña de la casa de huéspedes.

—Mamá —interrumpió una de las niñas— San Sebastián es de España.

—Pues será ahora, porque cuando estuvimos nosotros todo el mundo hablaba en francés.

No quiero ofender á los abonados de la Comedia, pero es muy posible que la mayoría de ellos hayan oído á la Réjane como quien oye llover.

De mí sé decir que me he quedado en ayunas ó poco menos, y en cuanto á algunos críticos que arqueaban las cejas ó se sonreían con aire displicente para dar á entender que estaban al cabo de la calle, puedo asegurar que han sacado de algunas obras lo que el negro del sermón.

¡Oh, qué frío!

Esta es la frase del día.

Aun las personas más amantes del crudo invierno (poetas fúnebres, viudas sensibles, etc.) declaran que no se puede vivir y que si esto sigue acabarán por perder la inspiración.

Los guardias de seguridad recogieron ayer en la vía pública á un joven *oso* que se pasaba la existencia en la plaza de Bilbao haciendo el amor á una señorita chata residente en un cuarto piso.

El joven estaba medio helado, con la cabeza apoyada en la pared y una carta á medio sacar del bolsillo del pantalón, dirigida á la novia. Al verle los guardias, comenzaron á friccionarle la cara con las gorras de uniforme para provocar la reacción, y él, creyéndose próximo á la tumba, les dijo con acento entrecortado:

—Muchas gracias, pero todo es inútil, yo me muero y, «por lo tanto», háganme ustedes el favor de entregar esta carta á la señorita del núm. 99, 4.º derecha.

Sólo después de haberle dado seguridades de que no se moría, el joven llegó á convencerse, dejándose conducir á la Casa de Socorro donde le estuvieron aplicando planchas calientes en distintos puntos de su cuerpo.

Después le llevaron á su domicilio, y anoche, á eso de las veintidós y setenta y cinco céntimos, estaba dando las boqueadas en brazos de una tía suya.

¡Oh, el frío!

LUIS TABOADA

## Un buen consejo.

Perdona, lector, perdona que de nuevo te moleste, para darte un buen consejo; tómalo y que te aproveche.

Ya sabes que hay en el mundo gran cantidad de «percebes» que de escritores presumen y con sus «cosas» nos muelen.

Y no ignorarás que algunos buscan aplauso y laureles, escribiendo «piecitas»... para «el común... de las gentes».

Que piden á un literato que sus «abortos» arregle, y los ponga en condiciones para que «los representen».

Después, toman un teatro, (porque esos «ingenios» tienen, por lo general, dinero ó «primos» que se lo presten); y con unos cuantos cómicos que están «disponibles» siempre, forman el cuadro... del hambre, y que por hambre perece.

Al mediar «la temporada», para que nadie sospeche la «martingala» de empresa, hacen que la obra se estrene.

Como todo el teatro es suyo, «llenarlo» de amigos pueden, y así aseguran el «éxito»... ¡y el «congrio» resulta un Téllez!

¿Que no es cierto lo que digo? ¿Que quizás pasión me ciegue? ¿Que esas son murmuraciones, que yo tal vez exageré?..

Pues bien, lector, yo te juro que ejemplos puedo ponerte, para que tú te convenzas de que aún peco de indulgente.

Y es más: esas «melonadas» se eternizan en carteles; pues, como son de la empresa, á las demás se prefieren.

Conque si tú, en el Parnaso «colar de rondón» pretendes, camino recto y seguro para conseguirlo tienes.

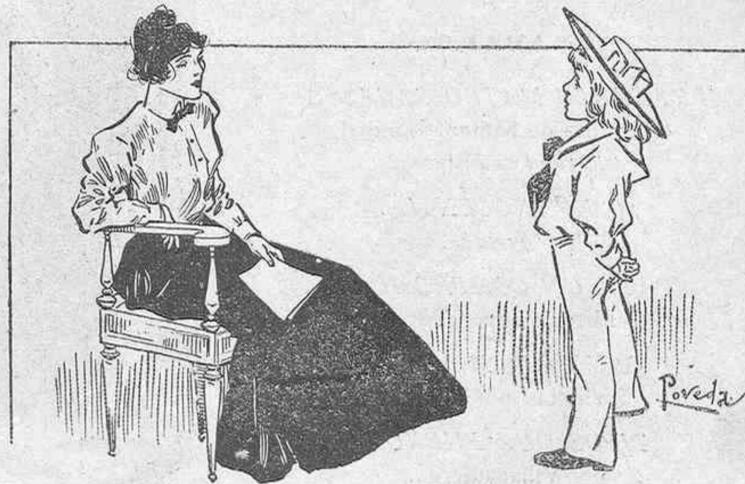
Arregla tus «zarzuelitas» ó busca quién las arregle, y procura hallar un «primo» si de metales careces.

«Métete» á empresario y luego haz que tus obras se estrenen y que á las ¡mil y doscientas! representaciones lleguen...

¡Y serás un «dramaturgo» como sigas en «tus trece», con «éxitos asombrosos», cobrando pingües trimestres!.. Nada más quiero decirte: yo «me» entiendo y Dios me entiende; y si te agrada el consejo, tómalo y que te aproveche.

LUIS FALCATO

¡QUÉ INOCENCIA!, por POVEDA



—Oye, mamá: ¿Se dice príncipe consorte ó príncipe consuerte?

(Del Almanaque de Cedeón.)

De literatura catalana.

(ARTÍCULO PREFACIO)

Recuerdo haber leído en no sé cual, pero si recuerdo que era en uno de los pocos críticos notables que existen actualmente, algo parecido a esto: es nuestra época de transición; en política, en artes, en ciencias y en literatura nada hay fijo, nada concreto. Oscilan nuestros ideales políticos entre la acracia y el despotismo más feroz; desde el dibujo franco y sentido, hasta las extravagancias más insubstanciales, todo es aceptado como oro de ley en el mercado del arte; ningún sistema filosófico surge capaz de determinar el temperamento extremadamente desigual de la última parte del siglo XIX; unos á otros sucedense rápidamente los inventos científicos y nacen y desaparecen á la buena de Dios, sin que hayamos tenido tiempo material de hacernos cargo del bien ó mal que pueden reportarnos, y, finalmente, de igual suerte que la moda ha hecho buenas, en nuestros días, todas las modas que en el mundo han sido, la literatura contemporánea ha dignificado desde el humilde romance callejero hasta la más grandiosa epopeya.

Ignoro hasta qué punto estará conforme el pacientísimo lector que guste de digresiones puramente literarias, con las transcritas palabras, pero no tome á mala parte, ó sea por ridículo orgullo, si haciendo yo caso omiso de ajenos pareceres, emito mi opinión de conformidad con la del mentado— aun cuando no precisado— crítico. Sí, y lo digo con toda franqueza, sinceramente, como diría Carlyle, á mi entender nada hay estable en la actualidad; asíéntase el despotismo que nos rige políticamente en la fuerza, y como dice Aristóteles en su Política, señal es esa de inseguridad; diversas y auténticas tendencias obligan á nuestros pintores á convertirse ora en serviles copistas de alemanes, ingleses y franceses, ora en ciegos adoradores de facturas y escuelas incomprensibles, ora en simples... y hasta bobos retratistas de una naturaleza... artificial, y ora, por último, en locos que bien por alteraciones orgánicas, bien por trastornos anímicos, confúndenlo todo y todo lo amalgaman, convirtiendo los cuadros en masas de pinturas reseca que nada expresan, nada significan y ninguna emoción producen, si no es la de la hilaridad. En punto á ciencias no mucho mejor estamos; si en medicina, los hidroterapias, los electroterapias, los homeópatas, los alópatas, etc., etc.; si en antropología, los monigenistas y poligenistas con sus diversas subdivisiones; etcétera, etc.; y, finalmente, en literatura, que es en donde con mayor abundancia se manifiestan distintas y opuestas teorías y procedimientos, tenemos el romanticismo y el medianismo; el culteranismo y el vulgarismo; el naturalismo y el idealismo, y echen ustedes ismificaciones, que antes acabarían ustedes la voz, que la literatura contemporánea la diversidad de credos.

Pompeyo Gener—á quien injustamente se supone que yo quiero mal,—fue el primero de los escritores españoles que señaló el fenómeno, al hacer en su discutido libro, Literaturas Malsanas, el retrato del mundo intelectual contemporáneo de París. En el estudio que dedica á la Decadencia fin de siglo, establece un paralelismo entre lo sucedido á fines del Imperio romano y lo que en la actualidad ocurre en la moderna Atenas. Entonces fueron safitas, pitagóricos, estoicos, neoplatónicos, gnósticos, cínicos, arrianos, maniqueos, etc., et-

cétera, quienes se disputaron el imperio de las artes todas; hoy son naturalistas, psicólogos, simbolistas, ipsuistas, neobudistas, místicos, y otros mil quienes aspiran al cetro. Y sinceros ó insinceros todos luchan, todos se agitan, para vivir esa corta vida de aquellas flores que nacen con la aurora y mueren con el crepúsculo vespertino. Ora sean productos del rápido desenvolvimiento de las ciencias, ora sean originados por una sobrecitación nerviosa, ya heredada de nuestros progenitores, ya debida á accidentes que no es este lugar propicio para discutir, lo cierto es que el corazón humano de estos tiempos, siente, no el ansia de amor divino que sintieron nuestros abuelos de la Edad Media, ni el horrible escepticismo de los pensadores causantes y preconizadores de la Revolución Francesa, sino una sed inmoderada de variación continua, debida, según mi leal entender, á la falta de doctrinas verdaderas, capaces de llenar por completo los deseos del alma moderna. Así como Dante puso á la puerta del Infierno aquel famosísimo *Lasciate ogni speranza*, yo pondría encima de la puerta de entrada al mundo de nuestros días un cartel que dijera: *Pasa si eres héroe capaz de sentir y hacer sentir ideales que impulsen la Humanidad por el camino del Progreso*. Y la humanidad actual variaría si el héroe apareciese.

Mas no es esta ocasión oportuna para exponer digresiones filosóficas y mucho menos para emitir conclusiones. Quede esto para cuando con mayores conocimientos y experiencia que hoy, escriba mi planeada obra *La Filosofía y los filósofos en el siglo XIX*.

Heme de limitar á discurrir acerca de *Literatura catalana*, y gustosamente me limito á esa sujeción. Pero he creído indispensable, para la mejor comprensión de los fines que perseguiré en estos estudios, señalar un hecho y lo he señalado.

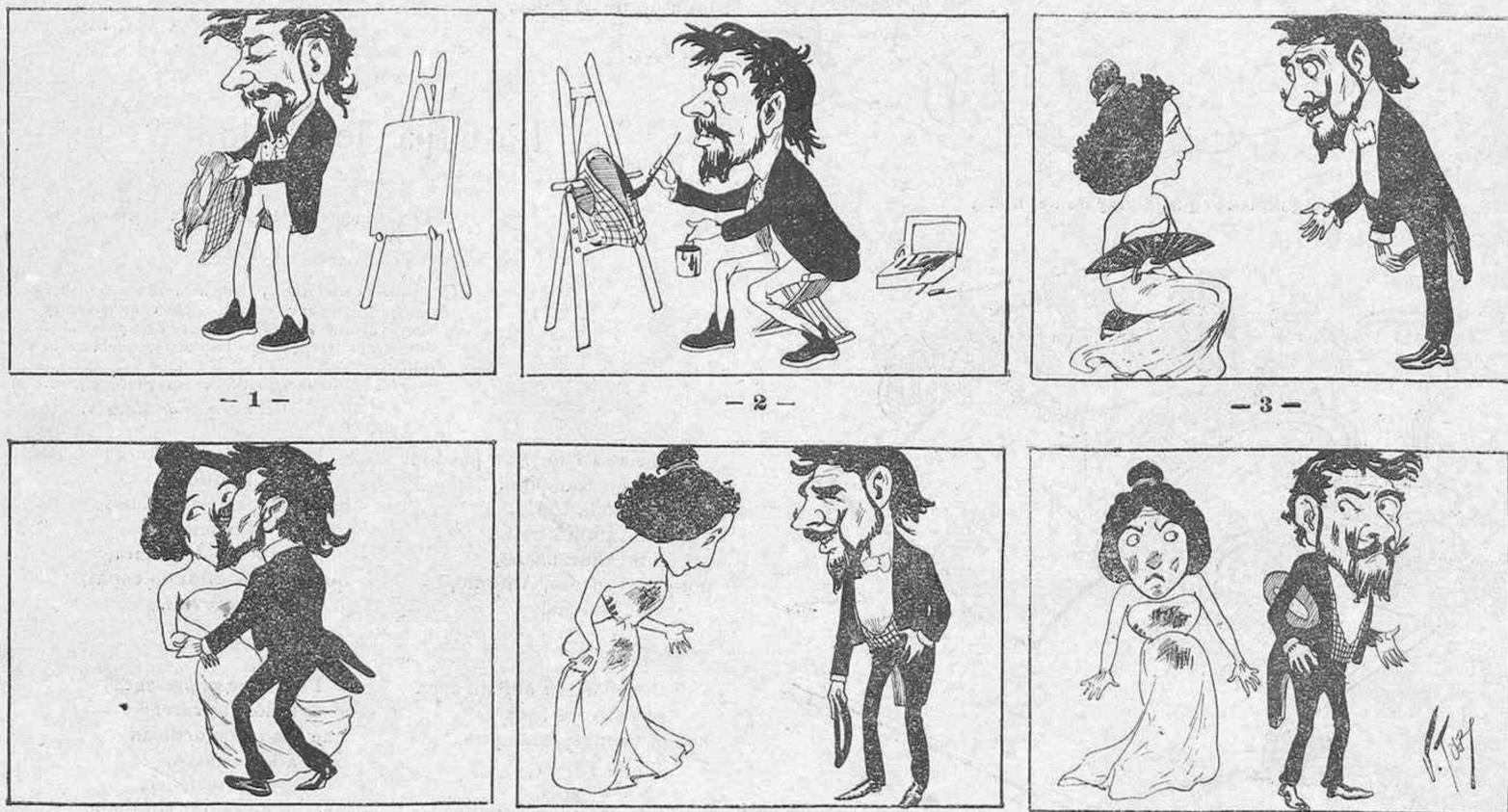
En el próximo artículo precisaré mis objetivos.

JUAN OLIVA BRIDGMAN

Apuntes.

—¡Qué señora es doña Aurora más buena! ¿verdad, Juanillo? Esa no se va de Roma sin la bendición del Papa.  
—¡No llames á eso señoral porque es una corredora de virtudes sin frenillo. \* —¡Qué te pareció el estreno de anoche?  
—Pues, chico, mal; porque ni el asunto es bueno ni la obra es original.  
—¿Es verdá que has tarifao con la Inés? En las pasiones campea el amor libidinoso; en fin, no tienes idea de nada más licencioso.  
—¡Hace ya un mes! del cariño de la Inés! ¡Lo tomó el público á bromal y hubo más de un concurrente que dijo que el autor toma —Me lo había figurao. —¡Estaba ya empalagao —¡No es tan fácil la Jeromal —¡Esa sí que se te escapa! —¿A mí? —¡A tí! —¡Pobre paloma!... EUSTAQUIO CABEZÓN

¡VAYA UN COMPROMISO!, POR TUR



## Baturrillo.

No crea D. Gil de las Calzas Verdes que soy, como él dice, «una pura siesta americana». Si ahora apenas escribo críticas—aunque malas—en periódicos de España, es porque me dedico, en publicaciones de América, á buscarles el ripio á los poetas ultramarinos. Por otra parte, dígame D. Gil dónde están los periódicos peninsulares en que se puede hablar claro. Casi todos los que allí escriben están *agremiados*; no hay modo de decir cuántas son cinco á los literatos cursis, á los poetas iberos, líricos y dramáticos, que infestan las columnas de la prensa española. Además, como estoy muy lejos, á cada palo que diese, se me diría: véngase al lugar del siniestro; y yo no tengo capital para pasarme el año yendo y viniendo de París á Madrid, y menos, por un quitame esas pajas.

Cuando fije nuevamente mi residencia en Madrid, no ahora, porque no estoy dispuesto á padecer á los Azcárragas, Silvelas y otros carcas por el estilo, sacaré el *enfundado escalpelo* y que... me echen cadáveres.

Crea D. Gil que, desde aquí, sigo el flujo y reflujo del pensamiento español, y que me río á casquillo quitado, como dice Valera, de lo malo que allí se escribe, que es mucho.

Tiene usted razón en cuanto dice de la crítica de teatros que se usa en Madrid. Por lo general peca de ignorancia. ¿Cómo quiere usted que haya buenos críticos donde no se paga lo suficiente para los garbanzos? La crítica requiere estudio, reflexión, y cuando se tiene el vientre vacío cualquiera abre un libro y reflexiona como no sea en el modo de buscar algo caliente que llevarse á la boca.

¿Por qué no se sigue en Madrid la costumbre parisiense de hablar de las piezas escénicas en folletines semanales?

En una semana tiene el crítico tiempo sobrado de madurar su juicio, de corregir el estilo, de ver dos ó tres veces la misma obra á fin de apreciar sus bellezas y sus defectos. Comparemos, si no, las críticas de Faguet, que aparecen en el *Journal des Débats* los domingos, con las de Catulle Mendès que aparecen en *Le Journal* á raíz del estreno de las obras dramáticas. Ciertamente Faguet es un crítico, un gran crítico, al paso que Mendès es un simple revistero.

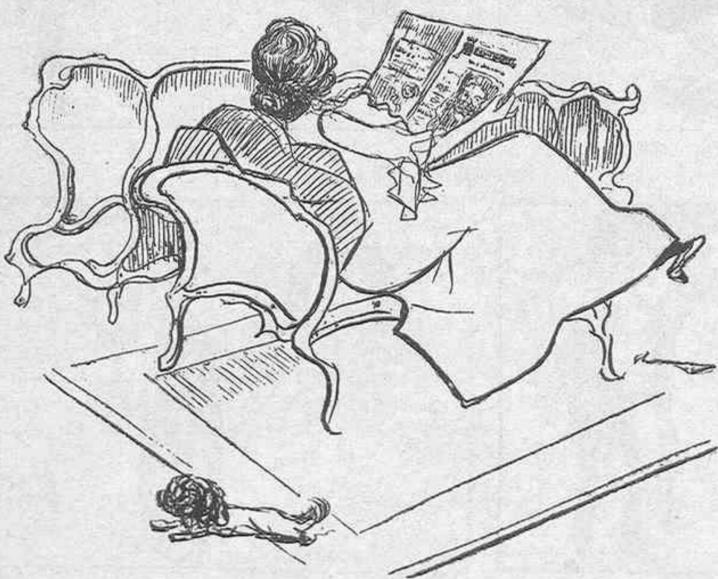
En las de Faguet se nota que el crítico ha meditado antes de criticar; en las del segundo, que el escritor escribe bajo la impresión del momento, á zoca colondro.

Entre nosotros no hay posibilidad de ser sinceros, entre otras razones, porque nuestra vida social es un tejido de mentiras y convenciones absurdas. Además, somos esclavos por educación, por rutina

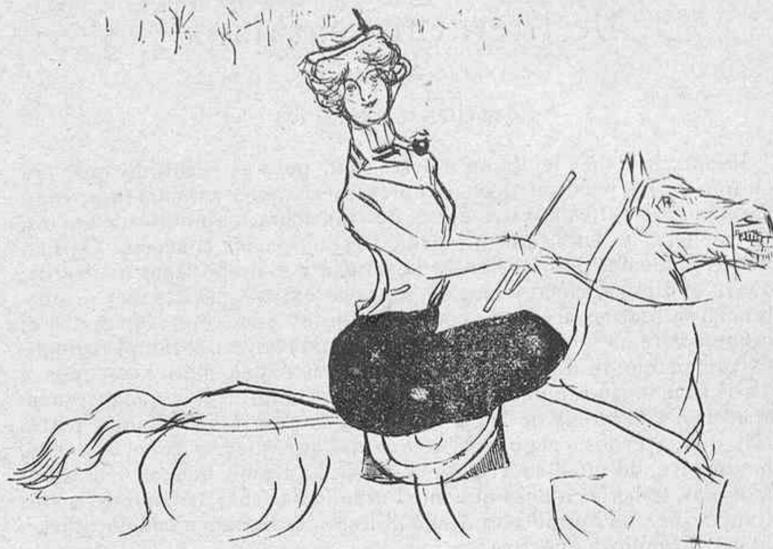
## LA MUJER MODERNA, por MARÍN.



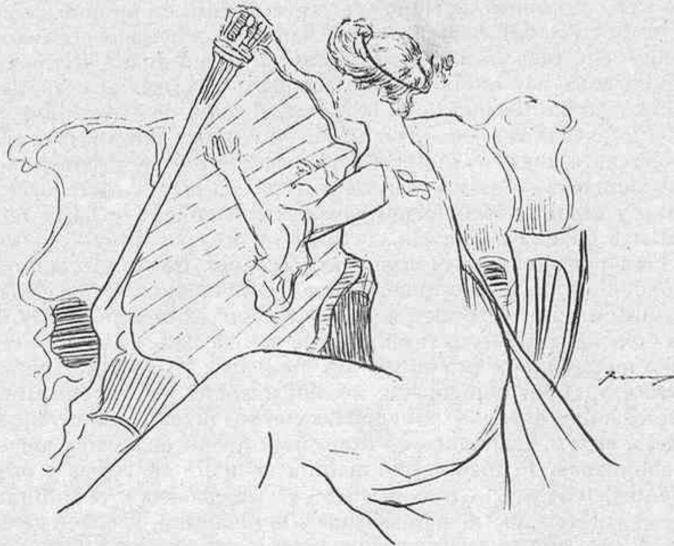
1.—Á las 10.—Aguardando que la preparen el baño.



2.—Á las 10,30.—Hojeando la prensa mientras hacen el desayuno.



3.—Á las 11.—Una vueltecita á caballo hasta la hora de comer.



4.—Á las 14,30.—Un poco de música, mientras llega la hora del paseo.

de la autoridad, que es una forma de *psittacisme*, según Duges. Basta que uno se aparte del sentir general para que se le califique de iconoclasta, de megalomano, de irreligioso, etcétera. Con razón ha dicho Ives Guyot que somos un pueblo de carneros. ¡Ay de aquél que se permita tener opinión propia! Se le tendrá por enemigo, por anarquista, en suma, se le *formará el vacío*.

Amigo D. Gil: el defecto que usted achaca á la crítica de teatros, es extensivo á la vida nacional.

Mientras sigamos siendo una monarquía sacerdotal y militar, seguiremos siendo lo que somos: un país de borregos gobernados por la bota de un Weyler.

FRAY CANDIL

París 1901.

## La Capa de Grilo.

El presidente de la Audiencia territorial de Madrid

B. L. M.

al ilustre poeta Grilo, y tiene un verdadero placer en enviarle su capa, como posible compensación al agravio que le infirieron ruines *cacos* reñidos con todos los respetos, incluso con los debidos al genio.

Alvaro Landeira y Mariño aprovecha, etc., etc.  
Del *Heraldo de Madrid*.

¡Gracias á Dios! ¡Ya puedo dormir tranquilo!  
¡Ya pareció la capa de Antonio Grilo!  
¡Mi enhorabuena, porque el suceso, Antonio, vale la penal!

Después de la lectura de tal noticia, hay que tocar las palmas á la Justicia.  
¡Gloria á Landeira, que es, encontrando capas, una *lumbreiral*!

Que andar por ahí sin capa cuando los fríos hielan fuentes, estanques, mares y ríos, es una fiesta que á cualquier ciudadano la piel le cuesta.

Pero tengan presente todos los *cacos* que sus ocios dedican á los atracos, esta advertencia que ha de sentar sin duda jurisprudencia:

Cuando contra una capa  
den un avance,  
si es que quieren airosos  
salir del lance,  
es necesario  
saber cómo se llama  
su propietario.

Y si fuese la capa  
de algún poeta  
de esos que el mundo admira,  
quiere y respeta,  
déjala, oh, *caco*  
que al genio no se debe  
dar un atraco.

Pero si es la *pañosa*  
de cualquier ente  
que es un desconocido  
para la gente,  
coge la capa,  
¡y entonces verás como  
nadie la atrapa!

A pesar de lo dicho,  
por su pericia  
es justo que aplaudamos  
á la Justicia.  
¡Gloria á Landeira,  
que es, para encontrar capas,  
una *lumbreira!*

MANUEL SORIANO.

Menudencias.

Que es el amor, Delgado me asegura,  
bienandanza y placer, dicha y dulzura.  
Y yo que tuve amores con Adriana  
diez años y tres meses, en Gandía,  
y no se pasó un día  
sin que ella por la noche en su ventana  
me llamase *pichón* y estrella mía,  
no pude conseguir de aquel capricho  
más placer ni más dicha que lo dicho.

Cuando se casó Melchor  
con la viuda de Romero,  
á un hijo de ésta, al mayor,  
le dió una carrera en pelo.  
—¿Qué hizo al chico?—Esquilador.

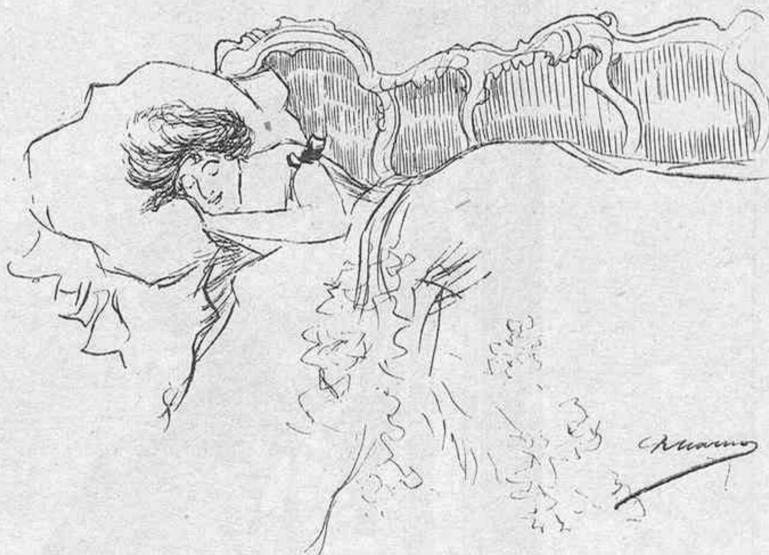
Mientras *bate* unas yemas Baldomero,  
que está en Calatayud de confitero,  
llora cierto deslíz que su señora  
tiene con un muchacho de Zamora.

Bien dijo cierto autor muy plañidero:  
«La musa es el dolor, vate el que llora».

SINESIO ZURBALUCH



7. — Á las 22,15. — Al Real á oír al tenor de moda.



8. — Á 0,50. — Á descansar de tanto trajín.



5. — Á las 16. — Una vuelta por la Castellana y otra por el Paseo de coches.



6. — Á las 17. — Á reparar las fuerzas con té y pastas, hasta la hora de cenar.

Un crítico agüado.

Por fortuna para las letras españolas no terminó el siglo pasado sin que encontraran su historiador, ó, mejor dicho, la horma de su zapato.

El Sr. D. Melchor de Palau es el maestro de esta obra prima, y tan prima, que al poco tiempo de usarla *La nouvelle Revue Internationale*, de madame Rattazzi, —por nombre de varón *El Barón Stock*— ya es preciso ponerla palas, tacones, bigoterías y medias suelas.

Ante todo, bueno será enterarse por el órgano de madame Rattazzi en la prensa de París de Francia, de quién es don Melchor. Aquí en España ya sabemos á qué atenernos, pero salta el Barón de Stock y dice, en una nota del siete, llamada de un retrato del supradicho señor, que el aludido «es nacido en Mataró en el año 1843 del pasado siglo, ingeniero y á la vez poeta; que como ingeniero ha publicado un libro sobre la ley de aguas, y como poeta, el éxito de sus poemas científicos, *La Geología*, etc., lo recuerdan aún todos los mortales.»

Por mí, bien sabe Dios, que no recuerdo del Sr. Palau nada de eso.

Muy vagamente creo haber leído alguna vez, allá en la edad de la inocencia, en aquella edad que se cae en todas las trampas, ó en todos los libros, una colección de cantares del Sr. Palau, de ese señor que como ingeniero es autor de un libro sobre la ley de aguas; pero la *Geología* y la *Pólvora* con humo ó sin él, sorda ó no, jamás entraron en mi reino, y me felicito terminantemente.

El Sr. Palau—ya se sabe quién es Calleja y madame Rattazzi dando bombos á sus contertulios y galantes colaboradores—ha fijado definitivamente el carácter y la importancia de varios escritores españoles en un número de la *Revue Internationale* de la pasada centuria, y, como la obra es de cierta importancia me permito llamar sobre ella la atención de la parte del público que no tenga aún presente *La pólvora sin humo* y la *Geología*.

Según el Sr. Palau, los únicos escritores españoles dignos de pasar el Pirineo en alas de la revista del Barón de Stock, son sólo el Marqués de Valmar, Campoamor, Valera, Echegaray, Pardo Bazán, Balart, Menéndez Pelayo y Galdós.

Á los demás que los parta un rayo.

Ni Alas, ni Palacio Valdés... ni siquiera Fernández Grilo, son dignos de pasar la frontera á juicio del Sr. Palau «nacido en Mataró el año 1843».

De todos modos, aunque manchada la obra del ilustre autor de un libro sobre la ley de aguas corrientes y muertas por las omisiones que he señalado, es digna de ser perdurable y de un breve examen por las enseñanzas que ha de proporcionar a los futuros Melchors de Palaus que han de florecer en los tiempos venideros.

El «alto crítico» de la revista francesa dice del Marqués de Valmar que «debe figurar en primera línea entre los escritores españoles».

Si que debía de figurar... pero no figura. Figura entre los eruditos apreciables... lo demás son figuraciones del Sr. Palau, que también se figura que es a la vez autor de un libro sobre la ley de aguas y literatura, lo cual es dejarse llevar por los sueños de su acañorada fantasía.

dame Rattazzi. Una revista de salón y una escritora para hacer de gran madama de letras internacionales.

Cosa de juego.

Verdad es que D. Melchor es el crítico que corresponde al asunto. Este señor también es de los afiliados a los «mozos viejos» (¡Qué frase tan pobremente cursil!) que escriben esa revista del año de la nanita llamada *Gente Vieja*.

En ese cenáculo puede que D. Melchor pase por crítico de altura. En el reparto convencional de papeles, entre esa gente sin vocación y sin talento—en su mayoría—le habrán dicho: yo soy poeta, tú crítico.

Y así quedaría acordado el año 44 cuando todos reconocían ingenio a todos, para que a todos se les reconociera.

TOMÁS CARRETERO

TIPOS QUE FUERON, por VILLAPADIARNA



VARGAS, EL AVERIGUADOR

De Campoamor, del egregio Campoamor, opina que es autor de la «*Dolora*, composición filosófica y pesimista; pero de un gran encanto poético, y del *Pequeño poema*, composición más larga (y tendida) en la cual se afirman las cualidades narrativas del poeta».

Después de otro par de pinceladas, termina el retrato de Campoamor diciendo que es un humorista especial, sin parecido a Heine, un humorista socarrón a la moda de los aldeanos de Asturias.

Ahora a Valera.

«Valera debe ser apreciado como novelista, crítico y poeta».

Y lo es, Sr. D. Melchor, ya lo creo que lo es. Si no tenía usted que mandar otra cosa podía haberse evitado la molestia de mandarlo... por lo demás, tanto gusto en servirle en cosas como esta.

De Echegaray dice que se parece a Víctor Hugo, y de la señora Pardo que posee un estilo superior al de Santa Teresa, porque ésta escribía «con una pluma de ave» y doña Emilia «con una pluma de acero».

De Menéndez Pelayo el único dato interesante que proporciona es que ingresó en el profesorado a la edad de treinta años. ¡Lástima que el dato sea falso! Si no bien mereciera por ello ingresar en la dirección del canal de Lozoya atendiendo a los méritos contraídos por su concienzudo estudio de la ley de aguas.

Y estos son los críticos de *La Nouvelle Revue Internationale* de Ma-

Al siglo XX

No temas, siglo, que mi voz no suene  
y que calle aburrida  
mi pluma, mucho más cuando conviene  
que yo en verso te dé la bien venida,  
para que te acostumbres desde nene  
a sufrir sinsabores en la vida.

Hoy no quiero encerrarme en un mutismo  
que de fijo a cualquiera  
le habría de chocar... Es el cinismo  
el lema principal de mi bandera  
y como no me mates ahora mismo,  
te tienes que tragar la silva entera.

¿Qué menos he de hacer en este instante  
contigo. ¡Oh siglo veinti-  
que vas de arrugas a llenar mi frente;  
que vas a hacer más feo mi semblante  
y a colocar la calva en mi mollera,  
cercada de una blanca cabellera?

¿Qué menos he de hacer en este día,  
cuando tus proceder inhumanos  
han de arrastrarme hacia la tumba fría,  
para que me devoren los gusanos;  
si es que allá en el sepulcro hay un valiente  
que se decide, al fin, a hincarme el diente?

*El siglo del vapor y del buen tono*  
al siglo diecinueve llamó alguno...  
¡El siglo del buen tono...! Le perdono,  
mas resultó un buen tuno.

Y tú serás igual, pues ya has notado  
que sin tener un real me has encontrado,  
matando mis afanes y alegrías,  
y sigo siendo pobre y desdichado...  
¡Está visto, por mí no pasan días!

Nos hiciste promesas seductoras  
y hoy que nos miras de desdichas hartos,  
has aumentado en el reloj las horas,  
pero nos dejas con los mismos cuartos  
y si eso es obrar bien, ¡Oh siglo veinti-  
que te dé un torozón por indecente.

En tus días, amargos ó dichosos  
no esperes, no,—y en vano es si lo esperas—  
que se enmienden los hombres licenciosos  
y si no, ya verás cuando te mueras  
como los más formales y juiciosos  
te resultan entonces *calaveras*.

Y... no te digo más... si hoy en tu infancia  
no combates el vicio y la ignorancia,  
si nuestro porvenir te importa un bledo,  
yo haré que te supriman la lactancia  
y si quieres mamar... ¡chúpate el dedo!

JOSÉ RODAO

Traje de boda.

Ha dicho casi toda la prensa que, por ser muy modesto el uniforme de capitán de Estado Mayor para que le vista D. Carlos de Borbón en el acto solemne de su boda con la Princesa de Asturias, se le concederá el collar de Carlos III para que vaya al altar con el atavío propio de la insignia Orden.

No lo creemos.

La modestia no quita dignidad.

Y, modesto ó no, cualquier uniforme del Ejército español es digno de que lo vista quien lleve al altar a una princesa.

Pero si el cambio está acordado, más bien parece cosa de Dato, Silvela y quienes han intervenido en estos secundarios menesteres de la boda, que acaso han estimado complemento necesario un uniforme más vistoso.

«Consiste éste en calzón corto de terciopelo azul, medias de seda blanca, zapatos azules, jubón azul acuchillado de blanco, con gorguera y puños de encaje, sobre el cual cae el collar, y le completan gran rizado de cola azul, salpicado de estrellas de plata, y birrete azul con rizada pluma blanca.»

No se dirá que no es un traje llamativo.

La boda está señalada para el mes de Febrero.

En ese mes se celebrarán también las fiestas del Carnaval.

## Correspondencia particular.

CAMPANITA.—Madrid.—No me gusta el soneto ni el romance tampoco. Pero me da el corazón que usted puede hacer algo bueno. Conque ánimo y ¡venga de ahí!

EL AFICIONADO C.—Todo eso que usted dice me parece muy bien. Yo seré esto, lo otro y lo de más allá... conformes. Y después de esos *desahogos* ¡hace usted versos mejor que antes? Porque es lo que se trata de demostrar. A la legua se conoce que es usted un infeliz.

B. O. M.—Barcelona.

*Cumplí veinte años al entrar  
el nuevo siglo, luego yo demuestro  
que son ciento veinte años, ni uno más  
ni uno menos los que tengo.*

¡Superior la idea, superior la demostración y archisuperior la formal NADA HAY TAN EFICAZ para calmar dolores de reuma como una fricción del *Bálsamo antirreumático de Orive*. Exigirlo de color verdoso PELAGATOS.—Barcelona.

*Digo que no puede ser.  
La razón es muy sencilla:  
¿La digo? ¡Por Lucifer!  
pues que esa es una quintilla  
que no se puede coger...*

por ninguna parte; y ¡por Lucifer!, como usted dice, más vale que no la publiquemos.

A. B. G.—Lérida.—¡Dejen ustedes en paz al siglo XXI! No ha hecho más que nacer y ya pretenden ustedes enterrarle entre ripios y cascotes, B. B. y B.—Madrid

*Se publicará el soneto  
muy pronto. Se lo prometo.*

K. LISTO SIN X.—Sus humoraditas tienen poco fondo. Fijese un poco en las de Campoamor y apreciará la diferencia.

NAB.—Madrid.—Tampoco tiene fondo, quiero decir, gracia.

TELEMAQUEZ.—Cazalla de la Sierra.—Venga la firma.

JULIANO.—Madrid.—Me pregunta usted ¿qué opina usted del adjunto soneto?... Pues, muy mal, amigo mío.

Usted cree que el verso *pero antes de entregarse á tu ayuda, ¿es verso?* Pues se equivoca lastimosamente.

EL HÁLITO INFECTO rechaza al más enamorado. El perfumado seduce al más indiferente. El *Licor del Polo* destruye el mal olor de la boca aromatiza el aliento y conserva la dentadura sana hasta la vejez.

CRÁ.—Rima y Romance acaban de celebrar sus desposorios en el cesto de los papeles inútiles.

A. DE V.—No sirve, señor, no sirve.

P. C.—Reus.—Tampoco sirve el soneto. Es flojito, pero muy flojito.

KILONIDES.—Escribe usted bastante mal, por *ambos lados*. Como pendo- lista y como poeta.

F. C. S.—Madrid.—Un poco de paciencia. Su composición admitida espera turno. La que envía ahora no se puede publicar.

M. P. F.—De sus *Cantares* uno solo podría publicarse, y no merece la pena poner la olla para un garbanzo.

E. P.—Ni *La Fragua* ni el *Cantarillo* tienen nada de particular. *Vulgaristis sum*—que diría Ugarte.

GRANOS EN LA CARA, brazos y cuello, se evitan siempre y desaparecen cuando los hay, friccionando en cuanto se notan, con Agua de Colonia de Orive, la más fina y barata del mundo. Frascos desde 3 rs.

A. F. P.—Oviedo.—Puesto que dice usted que *su poema* no le ha escrito un hombre sino un temperamento y que «le ha costado muchos días y noches de vacilación», voy á publicar el principio para que no se pierda todo:

*Gloria á la  
poderosa nación  
de la igualdad  
se recibe el don  
por que ya  
la proposición  
viva la industria  
de la región.*

¡guasón! ¡guasón! ¡guasón!

KΑΡΙΚΥΑ.—Badajoz.—Veremos si cuando acabe el siglo, se usan octavas reales asonantadas. Espere usted y puede que entonces publiquemos las suyas.

ALMAVIVA.—J. G.—Sevilla.—EL AUTOR CAMALEONTE.—RUY-BLAS.—B. L. M.—EL DEL FISCORNO.—A. D.—Madrid.—Siento mucho el tener que comunicar á ustedes que ninguno de sus trabajos pueden publicarse en MADRID CÓMICO.

## En el año 2000.

[ 2 ]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

En cuanto al resultado final de la agitación obrera (esta es la expresión que servía para caracterizar el movimiento de que acabo de hacer mención), la opinión de la gente de su clase difería según el temperamento de cada cual. Las gentes ardientes pretendían, con mucha apariencias de razón, que era imposible que las nuevas esperanzas de la clase obrera se realizaran, sencillamente porque el mundo no tenía con qué satisfacerlas. Sólo porque las masas trabajaban muy duramente y vivían con privaciones, era por lo que la raza humana no moría de hambre; no era posible ninguna mejora considerable de su condición, en tanto que el mundo, tomado en conjunto, siguiera tan pobre. El conflicto, se decía, no era entre los capitalistas y los trabajadores, porque los primeros no hacían más que mantener la barrera de hierro que encerraba á la humanidad. Pronto ó tarde, los obreros comprenderían (aquello no era más que una cuestión de cerebros más ó menos duros), y se resignarían á soportar lo que no podían curar.

Los menos ardientes admitían todo esto. Ciertamente, las aspiraciones de los trabajadores eran imposibles de satisfacer, por razones naturales; pero había motivo para temer que no se darían cuenta de esta verdad antes de haber hecho trizas la sociedad. Tenían en su favor los sufragios y la fuerza, y sus jefes los alentaban á servirse de ello. Algunos observadores pesimistas llegaron tan lejos, que predijeron un cataclismo social en breve plazo. Decían que la humanidad, llegada al último grado de civilización, estaba á punto de caer de cabeza en el caos, después de lo cual volvería á levantarse, daría la vuelta y comenzaría á subir de nuevo. Repetidas experiencias de este género en los tiempos históricos y prehistóricos, explicaban, acaso, las protuberancias y las gibosidades enigmáticas del cráneo humano. La historia de la humanidad, como todos los grandes movimientos, debía ser circular y volver al punto de partida. La idea del progreso indefinido, en línea recta, era una quimera de la imaginación sin analogía en la naturaleza. La parábola del cometa acaso era todavía una imagen mejor de la marcha de la humanidad. Partida del *afelio* de la barbarie, la razón humana no había llegado al *perihelio* de la civilización más que para sumergirse una vez más, en lo bajo de su curso, en las tinieblas de la nada. Esta era, sin duda, una opinión extrema; pero recuerdo que hombres serios de los que me rodeaban, al divisar los signos del tiempo, se expresaban en términos muy semejantes. En opinión común de los pensadores, la sociedad se aproximaba á un período crítico, del que podían resultar grandes cambios. Las crisis obreras, sus causas, su extensión, sus remedios, dominaban todos los demás asuntos en las conversaciones serias y en los periódicos.

Nada demostraba mejor la tensión nerviosa de los espíritus, que la

alarma producida por los clamores de un puñado de hombres que se titulaban anarquistas y se proponían aterrar al pueblo americano é imponerle sus ideas con amenazas de violencia. ¡Como si una nación poderosa que acababa de reprimir la rebelión de la mitad de sus habitantes, para mantener su sistema político, fuera á dejarse imponer, por el terror, un nuevo sistema social!

En mi calidad de hombre rico, que tenía un gran interés en el orden existente de cosas, participaba, naturalmente, de los temores de mi clase. Las quejas que yo tenía en aquella época contra la clase obrera, cuyas huelgas retrasaban mi dicha conyugal, acentuaban aún más la viveza de mi antipatía.

## CAPÍTULO II

El 30 de Mayo de 1887 cayó en lunes. Era uno de los días de fiesta anual de la nación, á fines del siglo XIX; se le llamaba *Día de decoración*, y el objeto de la fiesta era honrar la memoria de los soldados del Norte que habían tomado parte en la gloriosa lucha para la conservación de la unidad nacional. Los sobrevivientes de la guerra, escoltados por procesiones militares y civiles, con música á la cabeza, tenían la costumbre, en aquella ocasión, de visitar los cementerios y de depositar coronas de flores sobre las tumbas de sus camaradas. La ceremonia era muy solemne y muy conmovedora.

El hermano mayor de Edith Bartlett había muerto en la guerra, y el *Día de decoración* la familia tenía la costumbre de hacer una peregrinación al monte Auburn, donde reposaba.

Yo había pedido permiso para ser del paseo, y, al volver á la ciudad, á la caída de la tarde, me quedé á comer en casa de los padres de mi novia. Después de la comida, en el salón, cogí un periódico de la noche, y supe que una nueva huelga de constructores iba á retardar aún más la terminación de mi desdichada casa. Recuerdo todavía muy bien mi irritación, así como las imprecaciones, tan enérgicas como lo permitía la presencia de señoras, que proferí contra los obreros en general y los huelguistas en particular. Encontré, naturalmente, muchas simpatías de parte de las personas que me rodeaban, y las observaciones cambiadas en el curso de la conversación acalorada que siguió, sobre la conducta inmoral de los agitadores obreros, debieron zumbir en los oídos de aquellos señores. Estábamos de acuerdo en que los negocios iban de mal en peor, que se resbalaban por una rápida pendiente, y que no se podía prever lo que nos esperaba en breve plazo.

—Lo que hay de más triste—dijo, lo recuerdo, la señora Bartlett,—es que las clases trabajadoras del mundo entero parecen perder la cabeza al mismo tiempo. En Europa es todavía peor que aquí; segu-

ramente que yo no quería vivir allá. El otro día preguntaba a mi marido adónde podríamos emigrar si llegaran a realizarse las cosas terribles con que nos amenazaban los socialistas, y me contestó que no conocía ningún paraje del mundo donde la sociedad pudiera ser considerada como estable, excepto la Groenlandia, la Patagonia y el Imperio chino.

—Esos diablos de chinos—añadió alguien—sabían bien lo que se hacían cuando se negaron a dejar penetrar en su país nuestra civilización occidental. Sabían mejor que nosotros adónde los llevaría. Veían muy bien que esta civilización no era más que dinamita disfrazada.

Después de esta observación, recuerdo haber llevado aparte a mi novia y tratado de convencerla de que debíamos casarnos en seguida y emprender un viaje mientras la casa no estuviera dispuesta para recibirnos. Edith estaba encantadora aquella noche; el traje de luto que llevaba con ocasión del aniversario de la muerte de su hermano, hacía resaltar la pureza de su tez. Todavía la veo tal como se me apareció entonces. Cuando me despedí, me acompañó hasta la antecámara, y le di, como de costumbre, un beso de despedida. Ningún incidente particular, ningún presentimiento, ni en mí ni en ella, diferenciaron aquella separación de tantas otras que le habían precedido.

Para novios, era muy temprano cuando nos despedimos: pero no era una falta de atención de mi parte. Padecía yo mucho de insomnios, aunque mi salud fuera buena, por lo demás, y me sentía absolutamente fatigado aquella noche, por haber pasado, la víspera y la antevíspera, dos noches en claro. Edith lo sabía; ella fué quien insistió para despedirme a cosa de las nueve, y me suplicó que me acostase en seguida.

La casa que yo habitaba había abrigado a tres generaciones de la familia de la cual yo era el único representante directo. Era un gran edificio antiguo, todo de madera, muy elegante en el interior, pero destartado y situado en un barrio abandonado por completo por la

sociedad elegante desde que había sido invadido por las casas de comisión y las fábricas. No era ciertamente una morada adonde yo pudiera pensar conducir a una joven, sobre todo a una joven de educación tan refinada como Edith. Había puesto papeles en la casa y no pasaba en ella más que las noches; hacía todas mis comidas en el Casino. Un solo criado, un fiel negro, llamado Sawyer, vivía conmigo y me servía. No había en la casa más que un solo sitio de que me costara pena separarme: era una alcoba que hice construir en los sótanos. En aquel barrio central, lleno de una incesante batahola, si hubiera habitado en el primer piso, jamás habría podido cerrar los ojos en toda la noche. Aquella habitación subterránea era absolutamente inaccesible a los ruidos del mundo exterior. Cuando entraba en ella y cerraba la puerta, sentía en derredor mío el silencio de la tumba. Para evitar la humedad, los gruesos muros de aquel sótano, así como el piso, estaban revestidos de cemento hidráulico; y al fin de que aquella habitación pudiera servir al mismo tiempo de fortaleza contra los ladrones y el incendio, la había hecho cubrir con una bóveda de piedra herméticamente cerrada, mientras que la puerta exterior, de hierro, estaba revestida de una espesa capa de amianto. Un pequeño tubo, que comunicaba con un ventilador situado sobre el tejado, aseguraba la renovación del aire.

Parece que con precauciones tan minuciosas, el habitante de aquella alcoba debería disponer del sueño; sin embargo, rara vez me sucedía, aun en aquella tumba, dormir dos noches seguidas. Era tan rutinario, que una noche de insomnio apenas me trastornaba; pero cuando había pasado una segunda en mi sillón en vez de mi cama, ya no podía dormir; así, la tercera noche, ante el temor de cualquier accidente nervioso, recurría a un medio artificial: hacía llamar a mi médico, el doctor Pillsbury.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

**MADRID**  
Tres meses, 2,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.  
**PROVINCIAS**  
Semestre, 5 ptas.—Año, 9.  
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m|m

**Madrid Cómico**  
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

**UNION POSTAL**  
Un año, 15 pesetas.  
**VENTA**  
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25  
Anuncios extranjs: Ptas. 0,35 línea de 45 m|m

**GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO**  
NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS  
De venta en todas las farmacias.  Caja, una peseta.

**BIBLIOTECA MODERNA**  
ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 céntimos volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*Cuentos.*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentase al pedido 25 céntimos.

**USE USTED**



**ECHEANDIA**  
2, Arenal, 2.

**SERVICIOS FÚNEBRES**  
*La Soledad*  
DESENGAÑO - 10.  
TELÉFONO 205

TALLER DE FOTOGRAFADOS  
DE  
**PABLO SANTAMARÍA**  
CLAVEL. 1. MADRID

**BERNABÉ MAYOR**

3, ESPARTEROS, 3

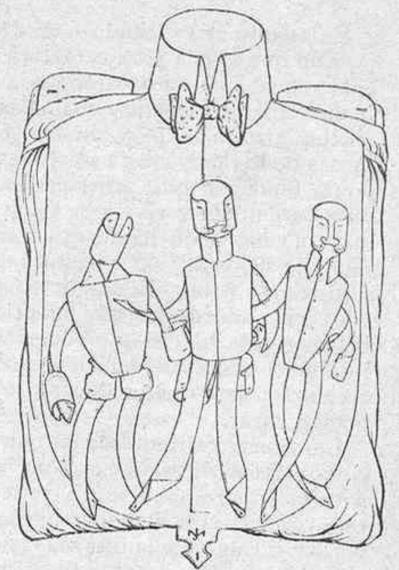
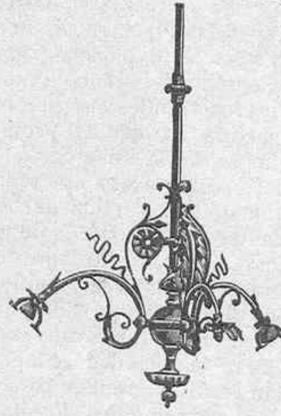
MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

**LUZ ELÉCTRICA**

Catálogos ilustrados gratis.



**LA PURA VERDAD**

En Madrid y en todas partes, mientras el arte subsista, será **MARTÍNEZ** quien haga las más baratas camisas.

2, San Sebastián, 2

Hay **Cobrador** práctico, activo, conocedor de moneda y afianzado. Además presentará informes de primera, por ser muy conocido en la plaza. *Atocha, 38, LA PERLA CHINA,* darán razón.—**T. M. C.**

**MATÍAS LÓPEZ.**—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.